
Hacia la cuarta dimensión de la cultura política

Esteban Krotz

Es imposible, pues, arreglárselas sin el factor subjetivo y es igualmente imposible sustraer la dimensión profunda de este factor, es decir, justamente la de contrajugada con respecto a lo malamente existente, como movilización de las contradicciones presentes en el interior mismo de este malamente existente hasta llevarlo a estar completamente socavado y derrumbarse. La dimensión profunda del factor subjetivo, sin embargo, está en su contrajugada, precisamente porque éste no solamente es negativo, sino porque igualmente contiene en sí el abrirse paso de una realización capaz de ser anticipada y representa este abrirse paso en su función utópica.

Ernst Bloch

En este ensayo¹ se presenta parte de un trabajo más extenso sobre uno de los puntos de contacto entre los fenómenos sociales llamados “cultura” y “poder”: aquel elemento que se puede llamar abreviadamente “cultura política”, es decir, el universo simbólico asociado al ejercicio y las estructuras de poder o, mejor, los universos simbólicos asociados a los ejercicios y las estructuras de poder, ya que a este respecto casi cualquier sociedad es plural. El tratamiento de esta temática se ubica en el encuentro de dos líneas de discusión actuales en las ciencias sociales latinoamericanas: por una parte, en el marco de la disputa multifacética entre las diversas corrientes de la antropología tradicional (que, aunque a veces influenciadas en cierta manera por la tradición marxista, suelen ser de carácter a/o antimarxista) y las diversas tradiciones que señalan tener en las obras de Marx y Engels su principal

¹ El presente ensayo es la versión ligeramente modificada de la ponencia presentada el 14 de noviembre de 1983 en la mesa “Constitución del poder e interrelación con la cultura” del simposium “Cultura y poder” organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana.

punto de referencia. Por otra parte, esta problemática está íntimamente relacionada con la discusión acerca del campo temático "cuestión nacional" en América Latina.

El procedimiento que para esta investigación se ha escogido y que también sirve de base a este ensayo, es el de una revisión crítica de una corriente determinada de las ciencias políticas que desde hace aproximadamente tres décadas se ha abocado a esta temática y que se suele identificar justamente con el membrete de los estudios de la cultura política. Hasta hace poco, esta corriente ejercía una especie de monopolio en el análisis empírico de la esfera superestructural en ciencias políticas, contribuyendo de manera semejante y paralela a la escuela llamada "culturista" en antropología al distanciamiento de muchos estudiosos con respecto a este tipo de problemas. En ambos casos parece haber sido también la discusión sobre y a partir de la obra de Gramsci un importante incentivo para dar nuevamente carta de ciudadanía a la categoría "cultura" en los estudios antropológicos de la vida política.

Finalmente me parece pertinente agregar que desde el punto de vista de la antropología sociocultural, un ensayo como el presente no puede ser un fin en sí mismo. No se trata de un mero ejercicio conceptual, sino de la preparación y afinación de herramientas analíticas para la investigación empírica.

En lo que sigue procederé mediante tres pasos.² En primer lugar esbozaré de manera sucinta las características más relevantes de la corriente mencionada y algunas de sus críticas. En el segundo apartado me centraré en los aspectos "recupera-

bles" para una lectura del fenómeno político desde una perspectiva muy diferente. Finalmente trataré de presentar la dimensión utópica como elemento integrante de la cultura política y fundamentada como imprescindible para su comprensión y análisis, asunto que implicaría, sin embargo, una reorientación de muchos aspectos del estudio actual de la vida política.

1. El enfoque de la "cultura política" y algunas de sus críticas

Identificada por el concepto acuñado por G. Almond en un artículo publicado en 1956, este enfoque intentó una reorientación de la ciencia política (norteamericana) en varios aspectos, abrir nuevos campos teóricos y empíricos para la investigación y contribuir al fortalecimiento de las democracias representativas frente a las amenazas totalitarias, especialmente en los países entonces llamados subdesarrollados. Su esquema básico, en deuda con la sociología parsoniana, el análisis sistemático eastoniano y la corriente antropológica conocida como "cultura y personalidad", puede resumirse en los tres conceptos de sistema político, cultura y socialización política.

Aunque se partía del estudio de las instituciones políticas formales de los sistemas políticos modernos (utilizando para ello los términos tradicionales de Estado, nación, elecciones, cargos públicos, etc.), se había llegado a la convicción de que la operación de estos sistemas, siempre identificados con Estados existentes, no podía entenderse sin tomar en cuenta algunos aspectos de los habitantes de los países respectivos. Había que estudiar, por consiguiente, su "cultura política", definida como "el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas

² Algunos de los puntos de vista explicitados a continuación, pueden encontrarse en el ensayo "Cultura y análisis político" (Krotz, 1984).

fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político... abarca, a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política... la manifestación en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política (Pye, 1974:323). Consecuentemente con esto y echando mano de la teoría de los roles sociales, había que darle una atención especial a los mecanismos y procesos mediante los cuales determinados sectores de la población y ocupantes individuales de posiciones formales relevantes adquirirían los diversos elementos de la cultura y subcultura política respectiva.

Es sabido que este enfoque, que combinó estos elementos con un cierto evolucionismo de tipo multilineal y se benefició ampliamente del acelerado desarrollo de los métodos matemáticos aplicados a la investigación empírica, se convirtió rápidamente en uno de los más importantes en ciencias políticas, y que diversos procesos de crítica y auto-crítica contribuyeron a darle una coherencia teórica notable al mismo tiempo que se llevaron a cabo amplios programas de investigación empírica. Entre sus fallas más comentadas se encuentran la reduccionista identificación exclusiva del Estado-nación como unidad de análisis, la reducida contextualización de los fenómenos políticos y culturales estudiados y la falta de valor explicativo de sus análisis por demás marcadamente sincrónicos, y, naturalmente, las consecuencias metodológicas derivadas de estos elementos.³

Poco se ha negado, en cambio, el valor heurístico de los trabajos elaborados con el enfoque señalado y tampoco puede negarse que han llevado a conclusiones interesantes sobre determinados agentes de la socialización política. Desde un punto de

vista de una antropología política que parte de otros fundamentos teóricos, la revisión crítica de este enfoque es sugerente por la "herencia" antropológica en él detectable, por su importancia y el alto grado de elaboración sistemática (que lo hace, en cierto sentido, paradigmático para todo un tipo de ciencia política) y, no en último lugar, por la marcada influencia que ha tenido en la producción de conocimiento científico sobre la realidad política mexicana.⁴

2. Cultura política: la revaluación del factor subjetivo

Frente a otros acercamientos a la esfera de la cultura política, el enfoque mencionado significó un paso importante cuando menos en dos aspectos que todavía son puntos sumamente críticos en el estudio de la vida política.

En primer lugar y, por ejemplo, en comparación con la visión relativamente monolítica de los estudios tradicionales sobre el carácter nacional, el nuevo enfoque enfatizaba la *heterogeneidad* de la cultura política de cualquier sociedad y especialmente de la de sociedades con sistemas políticos democrático-representativos. En segundo lugar y, por ejemplo, en comparación con los modelos cibernéticos ya entonces en boga, el nuevo enfoque enfatizaba la importancia de los *actores políticos concretos*, individuales y colectivos y de sus acciones para cualquier intento de comprensión de la organización política. De hecho, ambos aspectos se encuentran contenidos y reflejados justamente en el concepto de la cultura política como el "sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que define la situación en que se desarrolla la acción política. Provee la *orientación subjetiva* ha-

3 Más elementos para una apreciación de alcances, límites y fallas de este enfoque se encuentran en dos trabajos previos sobre esta temática (Krotz, 1981; 1984) y la bibliografía allí citada.

4 Uno de los trabajos más conocidos al respecto es el estudio de R. Hansen (1971); véase especialmente el capítulo 7.

cia la política" (Verba; 1969:513; subrayado EK). Clave para el estudio empírico resultó el desmenuzamiento de estas orientaciones subjetivas en tres dimensiones: la *cognitiva* ("conocimiento preciso o no de los objetos políticos y de las creencias"), la *afectiva* ("sentimientos de apego, compromisos, rechazos y otros similares respecto de los objetos políticos") y la *evaluativa* ("juicios y opiniones sobre los aspectos políticos..." —Almond y Powell. 1972:50).

Estos elementos para el estudio de la vida política significaban tendencialmente una importante recuperación: la reivindicación de lo que se ha llamado "*factor subjetivo*" en los procesos sociales, su análisis y comprensión. Incluso podría decirse que bajo la pretensión formulada varias veces por los autores de referencia de querer cerrar así la tradicional brecha entre macro y microanálisis, se asoma en ciernes una idea dialéctica del fenómeno social. Sin embargo, es sabido que esta intuición no prosperó. Por una parte, la *base teórica general* de la que se partía no pudo ser modificada para dar paso al desarrollo adecuado de estas ideas; para lograrlo se hubiera tenido que sustituirla por una distinta. Por otra parte, los *métodos de investigación* empleados sepultaron en seguida la tendencia apenas surgida: la medición de actitudes y conocimientos en muestras estadísticas de las poblaciones desembocó en una mera clasificación de secciones de éstas, la heterogeneidad se disolvió en un número reducido de subculturas políticas, la interrogación preformulada acerca de objetos políticos considerados importantes por los investigadores anuló en amplia medida el factor subjetivo alguna vez intuido y las culturas políticas nacionales se revelaban cada vez más como secas construcciones de los científicos, cargadas además, fuertemente de componentes etnocéntricos.

Analizar detenidamente —lo que aquí no se puede hacer— estos resultados tan desprovistos de

sus inspiraciones originales más valiosas me parece de gran importancia —no para desacreditar la obra de determinados científicos, sino para poder ver con precisión dónde y por qué peligran los enfoques para los que el *factor subjetivo* es relevante, para poder enriquecer acercamientos al estudio político orientados por presupuestos teóricos diferentes. Con dos conocidos ejemplos puede documentarse la fertilidad de esta revisión crítica y autocrítica a la vez. Uno: hasta donde puedo ver, la mayor parte de los estudios marxistas tradicionales de la ideología política han considerado casi exclusivamente la dimensión cognitiva, algunas veces lateralmente la evaluativa, mientras que los aspectos afectivos, sensuales, viscerales si se quiere, tan importantes para la comprensión de los procesos políticos han quedado fuera del estudio. Dos: el papel bastante marginal y admitidamente muy problemático de tradiciones enteras de autores marxistas que han tratado de vincular los análisis de las estructuras sociales con las teorías sicoanalíticas y de sicología social demuestra también que justamente con respecto a este factor subjetivo se está todavía ante un problema capital de las ciencias políticas.

3. La utopía como cuarta dimensión de la cultura política

Hablar de una cuarta dimensión después de haber reseñado antes tres, puede resultar engañoso si ello sugiere que se trata de un elemento *adicional* que simplemente se agregaría a los señalados. Al contrario, introducir la dimensión utópica al análisis de la cultura política significa una refuncionalización y reestructuración profunda de los elementos mencionados, ya que parte de una visión global del fenómeno social muy diferente. De hecho, se trata de una especie de "relectura" que sólo puede retomar y reintegrar algunos de los aspectos señalados,

pero que encuentra en ellos un impulso valioso. Empero, este juego de palabras también tiene su justificación precisamente por aludir a la utopía como algo que no está presente en la superficie de la percepción cotidiana y que sin embargo es indispensable para el análisis científico de la realidad.

Para descubrir esta dimensión en la cultura política y reconocer la necesidad de su análisis, es necesario partir de un enfoque diferente del poder, reparar en la dinámica interna de los universos simbólicos y retomar la ya antigua oposición complementaria entre ideología y utopía.

a. Una vez que se abandona la visión de todo fenómeno de poder como necesaria y directamente relacionado con la organización *estatal* de la sociedad, se hace más visible su carácter intrínsecamente dialéctico. Como aspecto de toda (o casi toda) relación social de poder es analizable y comprensible *sólo* en relación con el contrapoder. Incluso donde esta situación no sea tan obvia como en los momentos más agitados de la *lucha* viva, no es muy difícil caer en la cuenta de que su frecuente presentación bajo la apariencia de la estabilidad estructural sólo oculta en la forma de *dominio* que existe algo que domina y algo que "necesita" de esta dominación para mantener la configuración social existente, y en la forma de *equilibrio* que se trata de una confrontación temporalmente estancada en posiciones aproximadamente equivalentes. Así parece la incesante *conflictividad* de las relaciones y los sistemas sociales en sus diferentes niveles, expresada y fundada en las múltiples oposiciones y alianzas explícitas e implícitas de los actores sociales individuales y colectivos.

b. En segundo lugar, los estudios más detallados y más reflexivos de universos simbólicos demuestran una *tensión inherente* a ellos en al menos dos sentidos, condición de posibilidad precisamente de su *dinámica propia* y relativamente autónoma con respecto a sus contextos. En un primer sentido

hay que mencionar aquí la *multivocidad* de sus diferentes partes, consecuencia justamente de su historicidad; por ello, la existencia de símbolos compartidos homogéneamente por un grupo social significa una situación a todas luces excepcional. En cuanto a lo segundo hay que mencionar las diferentes alternativas posibles (tanto en el nivel lógico como en el histórico) de su *conexión y organización* en conjuntos (asunto relacionado, como se sabe, con la discusión sobre la existencia de racionalidades diferentes). Lo que aparece en muchos estudios monográficos como manipulación o interpretación variada de mitos u otros elementos simbólicos es, de hecho, nada más que consecuencia y expresión de esta calidad dialéctica de los universos simbólicos, para cuya consideración hay que tener presente siempre su carga fuertemente afectiva, documentada ampliamente en la literatura etnográfica.

c. Con respecto al tercer elemento mencionado. (la oposición entre ideología y utopía) en el que confluyen los dos anteriores, puede decirse ahora, al menos tentativamente, que cualquiera de los universos simbólicos relacionados con los ejercicios y las estructuras de poder (es decir, cualquier "cultura política" en el sentido antes definido) implica necesariamente la supresión de o la articulación conflictiva con otras de estas elaboraciones. Lo que en el nivel lógico es sólo una posibilidad abstracta, es en la sociedad plural realidad histórica: donde hay cultura política determinada, se encuentra contracultura, donde hay un tipo de construcción, reconstrucción y afirmación simbólica de un orden específico, éste es, siempre también negación y destrucción de otro co-existente. En los términos habituales de la teoría política: los procesos de legitimación siempre son explicables como momentos de cohesión frente a la precaria estabilidad estructural siempre impugnada.

Lo *utópico*, sin embargo es aún "*más*" que la mera impugnación como fácilmente lo enseña la lar-

ga aunque todavía mal documentada tradición utópica de Occidente. El estudio detallado de sus expresiones más conocidas, las llamadas “novelas políticas”, demuestra, primero, que de ninguna manera se trata de fantasías puras, sino siempre de rechazos y enjuiciamientos severos del desorden establecido; segundo, que el descontento con lo existente y la proposición de alternativas tiene una dirección bastante precisa, aunque no pocas veces ocultada tanto por las imágenes literarias y símbolos populares extraños para lectores de otros tiempos como por las interpretaciones interesadamente equívocas. Valga como ejemplo particularmente explícito la famosa *Utopía* de Tomás Moro que, como a menudo se prefiere olvidar, no comienza con el relato de un viaje a los mares del Sur sino con una discusión sobre la situación social conflictiva de la Inglaterra de entonces donde “no hay castigo suficiente para impedir robar a quienes no tienen otra manera de ganarse la vida”.

Como ha sido puesto de manifiesto especialmente por la obra de Ernst Bloch, así lo utópico —siempre opuesto a lo ideológico y hasta a la anti-utopía o utopía negativa— se afirma como el lugar de la impugnación anticipadora, el lugar del potencial disruptivo, el momento que combina denuncia y anuncio, el punto vegetativo del proceso de transformación social. Obviamente es ante todo en los mismos actores políticos donde aparece —y de ahí la necesidad de la consideración de lo que se ha llamado “factor subjetivo” en la vida política y de ahí también la necesidad de considerar no solamente los conocimientos de los objetos políticos, los afectos con respecto a ellos y los resultados de su evaluación racional por parte de los actores políticos individuales y colectivos, sino también la dimensión del deseo y del sueño, materia prima de toda utopía.⁵

⁵ Para una explicitación de esta concepción de la utopía pueden consultarse las secciones respectivas del estudio *Utopía* (Krotz, 1980).

4. A modo de corolario

Acaso haga falta buscar otra dimensión más para un estudio de la vida política que parta de la convicción del papel central de sus actores; tal vez se necesite sólo de una reorganización o reformulación de las mencionadas. De cualquier manera, el problema fundamental no parece ser el de *nuevas temáticas* posibles, cuyas listas siempre serían interminables, sino este tipo de *reorientación* de los estudios de la vida política que coloque al “factor subjetivo” en su centro. No deja de ser una coincidencia por pensar que —al menos en la antropología mexicana— modelos de orientación marxista y no marxista hayan convergido en privilegiar de sobremana el estudio de los aspectos estructurales y funcionales de la sociedad, relegando decididamente la atención a los actores sociales —y con ello también el estudio científico de sus formas de impugnarla. Obviamente, el seguir la tendencia opuesta aquí apenas esbozada requerirá de la explicitación de otro tipo de antropología política y de teoría social y la elaboración de métodos de trabajo que no la sofoquen en la praxis de la investigación —cosa para la cual aquí no hay espacio.

Finalmente, los intentos de acercarse al estudio de la vida política no por el lado habitual de la “conciencia absorbida”, sino por el de la “conciencia excedente” (como Bahro, 1980:325) llama la conciencia no captada por el ordenamiento social vigente, me parece un impulso necesario también para reconocer y luego denunciar y combatir aquellos mecanismos (desde las políticas culturales hasta la organización social e institucional de la ciencia) que tratan —justamente a través de la reducción constante del ámbito de ésta última— de convertirnos en dóciles marionetas al estilo de Winston, el antihéroe orwelliano de 1984.

Bibliografía

- G. A. Almond y G. B. Powell, *Política comparada*, B. Aires, Paidós, 1972.
- R. Bahro, *La alternativa*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.
- R. D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1971.
- E. Krotz, *Utopía*, México, Edicol, 1980.
- , “La politización del niño campesino en México”, en *Relaciones*, vol. 2, núm. 8, 1981, pp. 132-156.
- , “Cultura y análisis político”, en *Nueva Antropología*, vol. VI, núm. 23, 1984, pp. 27-44.
- L. W. Pye, “Cultura política”, en D. L. Sills ed., *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar, 1974, vol. 3, pp. 323-329.
- S. Verba, “Comparative political culture”, en L. W. Pye y S. Verba eds., *Political culture and political development*, Princeton, Princeton University Press, 1969, pp. 512-560. 🙌